

El Pacto



POR



EIHIR

EL PACTO

Por Eihir

Aquel día había sido muy ajetreado para mí, despachando las últimas órdenes oportunas a todos aquellos que fielmente me habían servido, para que todo estuviese preparado cuando llegase la hora final. Ante la inminente partida, había querido dejarlo todo atado, dejando claro a mis subordinados cuales serían mis últimas voluntades.

Una vez estuvo todo listo, ordené que nadie me molestara y me encerré en mi despacho, mientras escuchaba los pasos presurosos de los soldados y oficiales que correteaban asustados por todas partes del edificio. Aunque su miedo me molestaba, no podía censurarlos, pues sabía con certeza que mis enemigos pronto se hallarían ante mí, enarbolando sus mentiras hacia mi persona como si fuesen los fusiles de un pelotón de ejecución. Pero de momento su llegada aún no había tenido lugar, así que me apresuré a llevar a término mi último plan.

Abrí el compartimento secreto oculto bajo el último cajón de la gran mesa de caoba, ahora cubierta de mapas, documentos y planes de batalla, y extraje cuidadosamente el Libro Negro. Allí, entre sus páginas amarillentas escritas con tinta oscura, se encontraba el pasaje secreto que solo alguien con los conocimientos adecuados del mundo ocultista podía descifrar. Alguien como yo, que había dedicado toda su vida a comprender los oscuros secretos del universo que estaban velados a la mayoría de los mortales.

Me alisé el uniforme impeluto, pasé la mano por el flequillo moreno que cruzaba mi frente y luego me atusé nerviosamente el bigote. Ya no había vuelta atrás. Tracé en el suelo con una tiza blanca los malignos símbolos de Lucifer, y sosteniendo el libro con ambas manos pronuncié las palabras prohibidas. El resultado de la invocación pronto se mostró como un éxito, pues las luces de la estancia comenzaron a parpadear y a disminuir en intensidad, a la vez que una fría oscuridad invadía la cámara desde todos los rincones. Un olor a incienso quemado inundó el ambiente, mientras un sonido susurrante parecido al emitido por unas cortinas cuando son movidas por el viento irrumpió alrededor de mi persona.

Un incontenible temblor se apoderó de todo mi ser cuando vi a la criatura, un demonio proveniente del infierno enviado por el mismísimo Príncipe de las Tinieblas. Aunque la aparición poseía una forma humanóide, aquella era la única cualidad que lo asemejaba a un ser humano. En su cabeza voluminosa se encendían dos ojos rojos a modo de brasas furiosas, y su mandíbula prominente permanecía lo suficientemente abierta para mostrar unas fauces repletas de afilados dientes. Sus orejas alargadas y puntiagudas se estiraban hacia atrás imitando las de los antiguos duendes de los cuentos de fábulas, aunque estas se asemejaban más a las de un murciélago. En el centro de su horrible rostro surgía una nariz verrugosa, de la que emanaba un vaho en señal de que el demonio respiraba y por ende estaba vivo. Completamente erguido en sus dos metros de altura, su poderosa presencia exhumaba una profunda sensación de terror capaz de volver loco a cualquiera que no estuviese lo suficientemente preparado, lo cual no era mi caso.

Moviendo sus arrugados labios con una sonrisa maléfica, la criatura invocada alargó una de sus garras hacia mi dirección, mostrándome el pergamino plegado que sujetaba con ella. Tomando la precaución de no cruzar el círculo del suelo ni tampoco herrarlo con el roce de la suela de mi bota estiré el brazo y rápidamente me hice con el pergamino, consciente de que mientras yo cumpliese con las normas aquel monstruo no podía atravesar los límites impuestos por el símbolo arcano.

Con gran avidez desenrollé el pergamino, el cual poseía una textura suave como la piel humana, y cuyas letras estaban recién impresas con una tinta roja similar a la sangre. Los caracteres estaban inscritos con una caligrafía exquisita, y al leerlos no pude dejar de admirar la infernal belleza de todo aquel conjunto. Cuando terminé de leer el documento, un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza, pues los términos del pacto quedaban totalmente claros y eran satisfactorios para ambas partes.

Mi alma a cambio de la inmortalidad. El bien máspreciado del hombre a cambio del sueño más perseguido de todos.

Fui hacia mi escritorio y recogí una pluma, pero al ir a mojarla en el tintero escuché un gruñido procedente del ser demoníaco. Entonces caí en la cuenta de que había estado a punto de cometer una torpeza, y dejé a un lado los enseres de escritura para coger un certaplumas. Con la afilada hoja del instrumento realicé un pequeño corte en mi pulgar izquierdo, y las gotas carmesí que brotaron de la herida sirvieron para hacer las veces de tinta para mi pluma. Esta vez la criatura no reprobó mi actuación, por lo que firmé el pacto con mi propia sangre, con las iniciales de mi nombre al lado de la fecha.

Luego entregué el pergamino al demonio, no sin antes de que mi brazo temblara durante un breve instante durante el cual las dudas me invadieron. Pero yo quería ser eterno, y aquel deseo me dio la fuerza suficiente para seguir adelante, a pesar de las consecuencias terribles que conllevaba tomar aquella decisión. El monstruoso ser tomó el pergamino entre sus garras y partió hacia el infierno desapareciendo en una nube de humo, no sin antes despedirse con una carcajada diabólica que nada bueno auguraba.

¿Había hecho lo correcto? Yo creía que sí, pues sellar aquel acuerdo no era más que una acción consecuente conmigo mismo. Yo era un hombre poco común, un visionario, un líder. Alguien dotado con la personalidad suficiente para dirigir a todo un pueblo contra los enemigos de su país, alguien con el valor necesario para librar una guerra que había sido la madre de todas las guerras. Yo era el causante del verdadero Apocalipsis, un conflicto necesario para limpiar al mundo de toda su impureza, de toda su contaminación. El mundo sabría que todas aquellas muertes habían sido necesarias para alcanzar un bien común, y con el tiempo todos se darían cuenta. Como dijo el filósofo griego Aristóteles, «es más valiente el hombre que conquista sus deseos que el que conquista a sus enemigos, ya que la victoria más dura es la victoria sobre uno mismo». Pues yo lo había conseguido, había sido lo suficientemente valiente como para hacer lo que estimé oportuno a pesar de que todo estaba en mi contra, y cerrar el trato infernal me aseguraba la culminación de todas mis aspiraciones.

Una vez estuve nuevamente a solas, la luz volvió a inundar toda la estancia, el ambiente nuevamente se encontraba caldeado y el hedor a incienso desapareció en su

totalidad. Abrí la puerta de mi despacho, encontrándome con el adorable rostro de mi reciente esposa, en cuyo anular izquierdo relucía esplendorosamente la alianza de boda.

Tras ser informado de que ya todo estaba a punto y que el ejército enemigo se encontraba a menos de quinientos metros del edificio, me despedí junto a mi esposa de mis últimos fieles, y nos retiramos a la confortabilidad de mi despacho. Allí ambos nos recostamos en el amplio sofá, y tras tomar una última copa de vino nos preparamos para el final. El final para ella, claro, mas no para mí, gracias al pacto establecido con Lucifer. En aquel viaje a la muerte era yo el único con billete de vuelta, el único que podría vivir eternamente.

Ambos nos profesamos miradas de un amor incondicional, y a continuación con una sonrisa de complicidad ingerimos al unísono las cápsulas de cianuro, aunque por si acaso yo llevaba bajo la chaqueta del uniforme una pistola. En aquel momento me acordé de que era el mismo día, treinta de abril, en el que años antes el ilustre filósofo romano Séneca también perdió la vida, aunque utilizando el veneno de su época, la cicuta. Una de las cláusulas del convenio con el diablo consistía en que yo debía desprenderme de mi envestura carnal, de la forma corpórea que aprisionaba mi alma inmortal. Y así, con aquel sencillo acto, puse fin a mi vida, o mejor dicho a aquella existencia. El apocalipsis que yo mismo había creado terminaba conmigo. Pero cuando yo renaciese otra vez, cuando mi alma encontrase otra carcasa mortal donde tomar conciencia, entonces otro nuevo apocalipsis vendría conmigo.

-Te quiero, Eva -fueron mis últimas palabras.

-Yo también te quiero, Adelf -respondió mi mujer.

Lo último que recuerdo fue la oscuridad cerniéndose rápidamente sobre mí, como si me internase a toda velocidad en un túnel oscuro alejándome de la luz exterior, y luego un terrible silencio.

Si el lector tiene dudas de si el pacto que hice con el demonio fue o no un éxito, sólo tiene que preguntarse si ha adivinado cual es el nombre de mi persona. Si la respuesta es afirmativa, entonces es que de alguna manera aún sigo existiendo, pues no hay mejor forma de ser inmortal que permanecer en el recuerdo del hombre generación tras generación, siglo tras siglo, guerra tras guerra.

Però lo más terrorífico de todo, lo que en realidad puede causar una angustia suprema al lector, es preguntarse cuando habrá otro apocalipsis, y quien estará en realidad detrás de él.

FJN